

ACTO PRIMERO

Casa de Clavijo.

CLAVIJO. CARLOS.

CLAVIJO (levantándose de la mesa de escribir).—La página hará gran efecto; tiene que enamorar á todas las mujeres. Dime, Carlos: ¿no crees que mi Semanario es, en la actualidad, uno de los primeros de Europa?

CARLOS.—Por lo menos, los españoles no tenemos otro autor moderno que reuna al vigor del pensamiento, á tan florida imaginación, tal brillantez y ligereza de estilo.

CLAVIJO.—Tú déjame á mí. Llegaré á ser el creador del buen gusto en este país. Los hombres son aptos para recibir todo linaje de impresiones. Tengo entre mis conciudadanos nombradía y fama, y, sea dicho entre nosotros, mis conocimientos se ensanchan cada día, mis sentimientos se depuran y adquiere mi estilo más verdad y energía.

CARLOS.—¡Bien, Clavijo! Sin embargo, si no me lo tomases á mal, te diría que me gustaban más tus obras

cuando las escribías á los pies de María, cuando aquella criatura viva y amable influía sobre ti. No sé; el conjunto tenía un sello más juvenil; más florido.

CLAVIJO.—¡Aquellos eran los buenos tiempos, Carlos, que ya pasaron! Concédote que escribía entonces con más expansión, y la verdad es que en el favor que desde el principio me dispensó el público, tuvo ella mucha parte. Pero, á la larga, Carlos, se llega uno á cansar de las mujeres. ¿No fuiste tu el primero en aprobar mi determinación de dejarla?

CARLOS.—Como que te hubieras estancado. Las mujeres son demasiado uniformes. Lo que me parece ahora es que es tiempo ya de que sigas otro plan, porque estar así tan sobre arena, no es ser nada.

CLAVIJO.—Mi plan es la corte, y no se trata de holgar. Me parece que, para forastero que llega sin nombre, sin posición y sin fortuna, no he hecho poco. ¡Hacerse notar en la corte, donde es tan difícil sostenerse entre tantos! ¡Me es muy grato mirar el camino recorrido! ¡Querido de los primeros del reino, honrado por mi saber con el título de archivero del rey! Todo esto me espolea, Carlos, y no sería nada si me quedase donde estoy. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Aunque cueste trabajo y astucia! He menester de toda mi cabeza, y ¡las mujeres! ¡Las mujeres! Malgastamos con ellas demasiado tiempo.

CARLOS.—Tú te tienes la culpa; yo no puedo vivir sin ellas, y no me estorban jamás. Verdad es que no he gido tantas lindezas, ni me consumo durante meses

enteros con sentimentalismos y cosas semejantes. Por eso no me gusta tener que habérmelas con muchachas honradas. Díceseles pronto lo que hay que decir, va uno tirando después cierto tiempo, y cuando las hemos animado algo, viene en seguida el diablo á inspirarles esos pensamientos y proyectos matrimoniales que temo más que á la peste. ¿Estás pensativo, Clavijo?

CLAVIJO.—No puedo desechar de mí el recuerdo de que he dejado á María, de que la he abandonado, dígame como se quiera.

CARLOS.—¡Eres especial! Paréceme que sólo una vez se vive en el mundo, que sólo una vez se tienen fuerzas y horizontes abiertos, y el que estas cosas no utiliza, yendo tan lejos como sea posible, es un insensato. ¡Casarse! ¡Casarse precisamente en el mismo punto en que la vida toma vuelo! ¡Encerrarse, domiciliarse, cuando el hombre no ha hecho aún la mitad de sus correrías, ni la mitad de sus conquistas! Que la amases, era natural; que le prometieses casarte con ella fué locura, y si hubieses cumplido tu palabra, sería demencia completa.

CLAVIJO.—Mira, no comprendo al hombre. Yo la amaba de verdad; me atrajo, me cautivó, y al verme á sus pies le juraba, me juraba á mí mismo, que no variaría nunca y que sería suyo en cuanto tuviese un destino, una posición. ¡Y ahora, Carlos!

CARLOS.—Cuando seas ya todo un hombre, cuando hayas alcanzado la meta deseada, entonces, para coronar tu dicha y para afianzarla, será tiempo bastante de en-

lazarte, por medio de un buen casamiento, con una familia rica y de viso.

CLAVIJO.—Ya se ha borrado de mi corazón: desapareció en absoluto, y si su desgracia no me pasase algunas veces por la imaginación... ¡El hombre es tan inconsecuente!

CARLOS.—Admirárame yo de que fuese más consecuente. ¿No ves cómo todo cambia en el mundo? ¿Por qué habían de permanecer fijas nuestras pasiones? No te apures, no es la primera muchacha á quien la deja su novio, ni la primera que se consuela. Si algún consejo tuviera que darte, sería en favor de la joven viuda de enfrente.

CLAVIJO.—Ya sabes que esas proposiciones me tientan poco. Una novela que no nace de suyo, no merece la pena de ocupar mi tiempo.

CARLOS.—¡Vaya por los delicados!

CLAVIJO.—Dejemos esto y no olvides que nuestra obra capital, en el presente momento, es hacernos necesarios al nuevo ministro. Es grave para nosotros que *Whal* dimita el gobierno de las Indias. Verdad es que no temo. Su influencia permanece. Él y Grimaldi son amigos, y sabemos hablar y hacer reverencias.

CARLOS.—Y hacer y pensar lo que se nos antoja.

CLAVIJO.—Esto es lo principal en este mundo. (Toca la campanilla). Lleve V. el periódico á la imprenta.

CARLOS.—¿Te se verá esta noche?

CLAVIJO.—No es fácil; pregunta por mí.

CARLOS.—Esta noche de buena gana me dedicaría á

divertirme un poco; tengo que escribir toda la tarde. Esto no se acaba nunca.

CLAVIJO.—No importa. Si no trabajásemos para todo el mundo, no hubiésemos subido ya por encima de tantos. (Vanse).

Casa de Guilbert.

SOFÍA. GUILBERT. MARÍA. BEAUMARCHAIS. BUENCO.

BUENCO.—¿Habéis pasado mala noche?

SOFÍA.—Ya lo dije ayer tarde. Estuvo desatadamente alegre, charlando hasta las once; se excitó y no pudo dormir: ahora vuelve á estar desalentada, llorando toda la mañana.

MARÍA.—¿Cómo no vendrá nuestro hermano, si pasa ya dos días de la cuenta?

SOFÍA.—Ten paciencia: no se quedará por allá.

MARÍA (levantándose).—¡Qué deseosa estoy de ver á este hermano; mi juez y mi salvador! Apenas me acuerdo de él.

SOFÍA.—¡Oh! pues yo me lo represento muy bien. Era un muchacho de trece años, franco, expansivo y valiente, cuando mi padre nos envió aquí.

MARÍA.—¡Alma grande y noble! Usted leyó la carta escrita por él cuando supo mi desgracia. Cada una de sus letras está grabada en mi corazón. «Si eres culpable—decía—, no espéres perdón; sobre tu desgracia pe-

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIV.

sará todavía el desprecio de un hermano y la maldición de un padre; pero si eres inocente, entonces todas las venganzas, las venganzas más terribles, caerán sobre el traidor.» ¡Va á venir y tiemblo! Tiemblo, no por mí, que Dios ve mi inocencia... ¡Quisiera, amigos míos... ¡No sé lo que quiero! ¡Oh, Clavijo!

SOFIA.—¡No escuchas nada! ¡Vas á matarte!

MARIA.—Me callaré. Sí; no lloraré; además, paréceme que ya no tengo lágrimas. ¿Y por qué he de llorar? Lo único que siento es amargaros la vida. Porque en definitiva, ¿de qué me quejo? Mientras vivió nuestro viejo amigo disfruté mucho. El cariño de Clavijo me dió grandes satisfacciones, tal vez más que el mío á él. Y ahora, ¿qué más da? ¿Qué importo yo? ¿Qué importa el que una pobre muchacha tenga el corazón destrozado, que se atormente y consuma en desdichada juventud?

BUENCO.—¡Por amor de Dios, señorita!

MARIA.—¿Le será tan indiferente no amarme ya? ¡Ah! ¿Por qué no valgo más? Pero al menos, debería compadecerme; ¡sí, compadecer á la infeliz á quien tan necesario se había hecho y que pasará su vida lamentándose!... ¿Compadecerme? No; no quiero que ese hombre me compadezca.

SOFIA.—Si pudiera hacerte despreciar á ese odioso, á ese infame...

MARIA.—No, hermana; infame no es. ¿Por que he de despreciar á quien ya detesto? ¡A quien detesto... sí! Muchas veces le detesto, cuando me anima el espíritu

español. El otro día, cuando le encontramos, su vista despertó todo mi amor vehemente; pero al volver á casa, caí en la cuenta de su comportamiento, al dirigirme su mirada fría desde el lado de aquella señora tan pomposa. Entonces me sentí española de corazón; disfracéme; cogí el veneno y el puñal. ¿Se sorprende V., Buenco? Todo con la imaginación, se entiende.

SOFIA.—¡Insensata!

MARIA.—Siguióme mi imaginación y le vió á los piés de su nueva pretendida, prodigándole todas sus amabilidades, y con toda aquella sumisión con que á mi me ha envenenado. Apunté al corazón del traidor. ¡Ay, Buenco! Y en aquel instante volvió la blanda francesa, que no sabe de filtros ni de puñales para vengarse. ¡Somos bien dignos de lástima! *Vaudevilles* para divertir á nuestros novios, abanicos para castigarlos; y si son infieles... dime, hermana, ¿qué hacen en Francia cuando los amantes son infieles?

SOFIA.—Se les maldice.

MARIA.—¿Y qué más?

SOFIA.—¡Y se les deja correr!

MARIA.—¡Correr! ¿Por qué no he de dejar yo correr á Clavijo? Si esta es la moda en Francia, ¿por qué no ha de serlo en España? ¿Por qué una francesa no ha de ser en España francesa? Le dejaremos que corra y tomaremos otro; me parece que eso también se hace en nuestro país.

BUENCO.—Lo que ese hombre ha violado, no es frívola novela ni pasatiempo de sociedad, sino una prome-

sa solemne. Usted está ofendida; herida en lo profundo del corazón. Nunca se me ha hecho tan onerosa ni tan estrecha mi posición de simple, pacífico vecino de Madrid, como ahora, al sentirme débil y sin medios para procurar á usted justicia contra ese falso cortesano.

MARIA.—Cuando era solo Clavijo y no archivero del Rey, forastero, recién venido, recién presentado en nuestra casa, ¡qué amable era; qué bueno! Toda su ambición, todas sus aspiraciones parecían nacidas del amor. ¡Para mi buscaba nombre, posición, fortuna! Todo eso lo tiene, y yo...

GUILBERT entra.

GUILBERT (en secreto á su mujer).—Nuestro hermano llega.

MARIA.—¡Mi hermano! (Pónese á temblar y le llevan una silla.) ¿Dónde está? ¿Dónde? ¡Traédmelo aquí! ¡Sacadme fuera!

BEAUMARCHAIS entra.

BEAUMARCHAIS.—¡Hermana! (Abraza primero á la mayor y después á la más joven.) ¡Hermana! ¡Amigos! ¡Oh hermanas mías!

MARIA.—¿Estás aquí? ¡Gracias á Dios que estás aquí!

BEAUMARCHAIS.—Déjame que me recobre.

MARIA.—¡Mi corazón, mi pobre corazón!

SOFIA.—¡Tranquilízate! Hermano querido, esperaba verte más sereno.

BEAUMARCHAIS.—¡Más sereno! ¿Acaso estáis serenas

vosotras? ¿No estoy viendo en la cara desfigurada de esta pobre hermana, en sus ojos enrojecidos por el llanto, en su palidez, en el silencio mortal de nuestros amigos, que sois tan desventuradas como he venido figurándomelo todo el camino? Y más aún, pues os veo, os tengo en mis brazos y la presencia duplica mis sentimientos. ¡Oh hermanas mías!

SOFIA.—¿Y nuestro padre?

BEAUMARCHAIS.—Os bendice y me bendice á mí, si os salvo.

BUENCO.—Caballero, permita usted á un desconocido que á la primera mirada ha visto en usted el hombre honrado y generoso, le ponga de manifiesto la parte íntima que toma en todo este asunto. Usted hace un largo viaje para salvar, para vengar á su hermana; bien venido sea. Bien venido sea como ángel salvador, aunque á todos nos abochorne.

BEAUMARCHAIS.—Señor mío; la esperanza de encontrar en España corazones como el de usted, me ha animado á dar este paso. En ninguna parte del mundo, en ninguna faltan almas dispuestas á simpatizar con un hombre á quien las circunstancias ponen en completo derecho de obrar con energía. Yo, amigos míos, tengo la firme esperanza de encontrar, entre los grandes y los poderosos, hombres honrados. Los oídos regios raras veces están sordos; sólo que nuestra voz es generalmente demasiado débil para llegar hasta ellos.

SOFIA.—¡Ven, hermana, ven! Acuéstate un momento. Está completamente trastornada. (Se la llevan.)

MARÍA.—¡Hermano mío!

BEAUMARCHAIS.—Quiera Dios que seas inocente, y entonces, ¡todas, todas las venganzas caerán sobre el traidor! (Vanse María y Sofía.) Hermano, amigo mío, veo en vuestras miradas que lo sois... Ante todo necesito ser dueño de mí. Después me haréis una relación exacta, imparcial, de todo lo ocurrido; ella decidirá de mis acciones. El sentimiento de una buena causa dará firmeza á la resolución que tome, y, creedme, si tenemos derecho, obtendremos justicia.

ACTO SEGUNDO

Casa de Clavijo.

CLAVIJO.

¿Quiénes serán esos franceses que se me han anunciado?... ¡Franceses! ¡En otro tiempo esa nación me era muy agradable! ¿Y por qué no ahora? ¡Es singular! ¡Un hombre que se hace superior á tantos, verse sujeto por una hebra de hilo! ¡Tontería! ¿He de deberle más á María que lo que me debo á mí mismo? ¿Y es obligación hacerme desgraciado porque una muchacha me quiere?

Un CRIADO.

CRIADO.—Señor: los extranjeros.

CLAVIJO.—Hadlos entrar aquí. ¿Has dicho á su criado que los esperaba á almorzar?

CRIADO.—Como usted me lo ha mandado.

CLAVIJO.—Vuelvo en seguida. (Sale.)

BEAUMARCHAIS. SAINT-GEORGES.

El CRIADO les pone sillas y se retira.

BEAUMARCHAIS.—¡Me es tan grato, tan gustoso, amigo mío, estar por fin aquí y tenerlo cogido! No se me esca-

CAPILLA
BIBLIOTECA

pará. Usted esté tranquilo; por lo menos, muéstrele la más serena apariencia. ¡Hermana mía, hermana mía! ¿Quién había de creer que eras tan inocente como desgraciada? Esto se probará y quedarás vengada de la manera más tremenda. Y tú, buen Dios, consérvame la tranquilidad de alma que me concedes en este momento, para obrar con toda la moderación y sensatez posibles en medio de mi horrible dolor!

SAINT-GEORGES.—Reclamo, amigo mío, todo el buen juicio, toda la prudencia de que siempre ha dado usted pruebas. Prométame usted de nuevo pensar dónde está. En un reino extranjero, donde nada son todos sus protectores ni su dinero para garantizarle contra las secretas maquinaciones de viles enemigos.

BEAUMARCHAIS.—Esté usted tranquilo y haga bien su papel. No sabrá con cuál de nosotros dos tiene que habérselas. ¡Lo he de martirizar! ¡Oh, estoy bastante bien dispuesto para asar á ese bribón á fuego lento!

CLAVIJO vuelve.

CLAVIJO.—Señores, es un placer para mí ver en mi casa personas de una nación que siempre he apreciado.

BEAUMARCHAIS.—Caballero, desearíamos ciertamente merecer el honor que se digna usted hacer á nuestros compatriotas.

SAINT-GEORGES.—El deseo de conocer á usted ha podido más en nosotros que el temor de ser quizás importunos.

CLAVIJO.—Las personas que á primera vista se recomiendan, no deben llevar tan lejos la modestia.

BEAUMARCHAIS.—En verdad, no debe ser para usted cosa extraña verse visitado por extranjeros, una vez que la excelencia de sus escritos le ha hecho tan conocido en otros reinos como distinguido en su patria, por los honoríficos empleos que S. M. le ha confiado.

CLAVIJO.—El Rey es muy bondadoso con mis pequeños servicios, y el público muy indulgente con los insignificantes ensayos de mi pluma. Quisiera poder en algún modo contribuir al mejoramiento del gusto en mi país y á la difusión de las ciencias, pues esto sólo es lo que nos liga á otras naciones; esto lo que, de los ingenios más alejados de nosotros, nos hace amigos, y lo que sostiene la más agradable unión entre aquellos á quienes, por desgracia, separan con frecuencia los intereses del Estado.

BEAUMARCHAIS.—Es delicioso oír hablar así á un hombre que tiene la misma influencia en las cosas del Estado que en las ciencias, y puedo asegurar que me ha quitado usted la palabra de la boca, trayéndome en de rechura á la pretensión en virtud de la cual me ve usted aquí. Una sociedad formada por hombres sabios y dignos me ha comisionado para establecer correspondencia epistolar entre ellos y los mejores ingenios de los reinos por donde viajare, siempre que la ocasión se me presente. Y como ningún español escribe mejor que el autor del periódico que bajo el título de *El Pensador* es tan conocido y con el cual tengo el honor de hablar... (Clavi-

jo hace una cortesía) y que es ornato de los sabios por haber sabido combinar con su cultura tal grado de habilidad en los negocios públicos, que no puede dejar de subir á los brillantes puestos de que su caracter y sus conocimientos le hacen digno, he creído que no podría prestar á mis amigos más agradable servicio que ponerlos en comunicación con hombre de tanto mérito.

CLAVIJO.—Ninguna proposición del mundo podría llevar mejor mis deseos, señores. Por ella veo colmadas las aspiraciones más gratas que alimentaba mi corazón, sin esperanza, muchas veces, de éxito venturoso. Y no es que yo me crea capaz de satisfacer, con mi correspondencia, los deseos de vuestros sabios amigos; no me lleva tan lejos la vanidad. Pero como tengo la suerte de estar en relación con los mejores ingenios de España, no puede quedar para mí desconocido cuanto en ciencias y artes se hace en nuestro vasto reino, por hombres aislados y á veces escondidos. De suerte que hasta ahora me he considerado como un *colporteur*, con el pequeño mérito de generalizar, para utilidad común, los descubrimientos de otros. Pero vuestra venida me eleva á la categoría de comerciante que tiene la dicha, por medio del cambio de productos indígenas, de extender la fama de su país y enriquecerlo, además, con tesoros extranjeros. Y así, por esto me habéis de permitir, caballero, que no trate como extraño á un hombre que generosamente me trae mensaje tan grato. Permita usted le pregunte qué asunto, qué interés le ha hecho emprender tan largo camino. No es que yo quiera satisfa-

cer, indiscreto, vana curiosidad, no; más bien se lo pregunto con la pura intención de emplear, en obsequio suyo, cuantas fuerzas é influencia pueda tener, pues le prevengo que ha venido á un país donde el extranjero tropieza, en la corte principalmente, con innumerables dificultades para el despacho de sus asuntos.

BEAUMARCHAIS.—Acepto agradecido tan halagüeño ofrecimiento. No tendré secretos para usted, caballero, y este amigo no estará demás en nuestra conversación, una vez que se halla suficientemente instruido de lo que tengo que decir á usted. (Clavijo mira con atención á Saint-Georges.) Un negociante francés con muchos hijos y hacienda escasa, tenía en España varios correspondientes. Uno de los más ricos llegó á París hará unos quince años y le hizo la siguiente proposición: «Deme usted dos de sus hijas; las llevaré á Madrid y me cuidaré de ellas. Estoy soltero, entrado en años y no tengo parientes; harán la felicidad de mis últimos días, y cuando me muera, les dejaré una de las mejores casas de comercio de España.» Confiáronle la mayor y una de las más jóvenes. El padre se encargó de proveer la casa con todas las mercancías francesas que deseasen, y todo parecía muy bien, hasta que el correspondiente murió, sin haberse acordado para nada de las francesas, que, por lo tanto, se vieron en el difícil caso de dirigir solas un comercio nuevo. En el interin, la mayor se había casado, y no obstante lo exiguo de sus caudales, conservaban, merced á su buen comportamiento y á la amenidad de su trato, porción de amigos que á porfía

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIV.

se afanaban en extender su crédito y sus negocios. (Clavijo cada vez presta mayor atención.) Por aquel tiempo aproximadamente hizo presentarse en su casa un joven natural de las Islas Canarias. (Clavijo pierde la placidez del rostro y su seriedad conviértese, poco á poco, en confusión cada vez más visible.) A pesar de lo modesto de su posición y de sus recursos, se le recibió muy bien, y notando en él gran afán por el estudio de la lengua francesa, le facilitaron todos los medios de hacer, en poco tiempo, grandes adelantos. Ansioso de hacerse un nombre, ocurriósele dar á la villa de Madrid el gusto, todavía desconocido á la nación, de un periódico semanal, en el género de *El Espectador Inglés*. No dejaron sus amigos de ayudarle de todas suertes; no se dudaba que semejante empresa obtendría gran éxito. En fin, animado con la esperanza de llegar á ser hombre de alguna significación, atrevióse á hacer á la más joven proposiciones de casamiento. Diéronle esperanzas. «Trate usted de hacer fortuna», le dijo la mayor. «Y cuando un empleo, el favor de la corte ó cualquiera otro medio le dé derecho para pensar en mi hermana, si ella le prefiriere á usted, yo no le negaré mi consentimiento.» (Clavijo se agita extraordinariamente en su silla.) Rehusó la joven diversas proporciones ventajosas. Su inclinación por aquel hombre tomó incremento, ayudándole á soportar los cuidados de la espera incierta. Interesábase por su dicha como por la propia, y le animó á dar el primer número de su periódico semanal, el cual apareció bajo un título que prometía mucho. (Clavijo en la más horrible

confusión.) (Beaumarchais completamente frío.) La obra logró extraordinaria fortuna. El Rey mismo, complacido de la agradable producción, dió al autor muestras públicas de su gracia, prometiéndole el primer buen destino que quedase vacante. Desde aquel momento alejó todos los pretendientes, sus rivales, del lado de la joven, dedicándose á ella en público. La boda aplazábase solamente por la espera del prometido destino. Por último, después de seis años de constancia, de amistad no interrumpida, de ayuda y de cariño por parte de la joven; después de seis años de rendimiento, de gratitud, de esfuerzos y de promesas sagradas por parte de él, apareció el destino y desapareció el hombre. (Clavijo completamente desconcertado, exhala un suspiro que trata de ocultar.) La cosa había sido demasiado visible para mirar con indiferencia el desenlace; estaba alquilada una casa para dos familias, y todo el mundo hablaba de eso. Los amigos, indignados hasta el extremo, pedían venganza. Buscáronse recomendaciones poderosas; pero el villano, iniciado ya en la cábala cortesana, sabía hacer infructuosos todos los esfuerzos, y fué tan lejos en su insolencia, que osó amenazar á la desdichada; osó decir en su propia cara á los amigos que á él se dirigieron: «que las francesas se guardasen de hacerle daño, porque si se atrevían á promover algo contra él, érale muy fácil perderlas, estando como estaban en país extranjero, y sin protección ni ayuda.» Al oír esto la pobre joven cayó presa de convulsiones que hicieron temer por su vida. La hermana ma-

yor, en la fuerza de su amargura, escribió á Francia la pública afrenta que se les había hecho. Esta noticia conmovió á su hermano de la manera más formidable. Pidió su licencia para venir en persona á poner mano en tan embrollado asunto. Voló desde París á Madrid, y ese hermano... ¡soy yo!... Yo, que he abandonado todo: patria, deberes, familia, posición y fortuna para vengar en España á una hermana inocente y desgraciada. Ven-go armadó de la mejor de las causas, y decidido á desenmascarar á un traidor, dibujándole el alma en el rostro con rasgos de sangre, y ese traidor... ¡eres tú!

CLAVIJO.—¡Oígame usted, caballero! Yo soy... yo he... No dudo...

BEAUMARCHAIS.—No me interrumpa usted. Nada tiene usted que decirme, y sí mucho que oír de mí. Y ahora, para principiar, tenga usted la bondad de decir delante de este caballero, que exprofeso para oírlo ha venido de Francia conmigo, si mi hermana, por alguna infidelidad, ligereza, debilidad, grosería ó cualquiera otra falta, ha podido merecer esta pública afrenta.

CLAVIJO.—No, señor. Su hermana de usted Doña María, es una señorita llena de talento, amabilidad y virtud.

BEAUMARCHAIS.—¿Ha dado á usted alguna vez, durante el tiempo de sus relaciones, algún motivo para quejarse de ella ó tenerla en menos estima?

CLAVIJO.—¡Nunca! ¡Jamás!

BEAUMARCHAIS (levantándose).—¿Y por qué, monstruo, tuviste la avilantez de atormentarla de muerte, única-

mente porque su corazón te dió la preferencia sobre otros diez, cada uno de los cuales era más honrado y más rico que tú?

CLAVIJO.—¡Oh señor mío! Si usted supiese lo instigado que he sido, qué diversidad de consejeros y de circunstancias...

BEAUMARCHAIS.—¡Basta! (A Saint-Georges.) Usted ha oído la justificación de mi hermana; salga y publíquela. Lo que me resta que decir á este señor, no necesita testigos. (Clavijo se pone en pie, Saint-Georges se va.) ¡Quédese usted! ¡Quédese usted! (Vuelven á sentarse los dos.) Puesto que he sido tan lejos, voy á hacer á usted una proposición, que espero aprobará. En su conveniencia de usted y en la mía está que no se case usted con María. Usted comprende perfectamente bien que no he venido á hacer el papel del hermano de comedia, que pone fin á la novela procurando marido á su hermana. Usted ofendió á una muchacha honrada, á sangre fría, por que la creyó en país extranjero, sin tener quien la defendiese ni la vengase. Así proceden los viles, los infames. Por lo tanto, va usted ante todo á declarar voluntariamente, de su puño y letra, con las puertas abiertas y en presencia de sus criados, que es usted un hombre odioso, que ha engañado á mi hermana, que la ha vendido, que la ha humillado sin el menor motivo. Con esta declaración me voy á Aranjuez, donde se encuentra nuestro embajador. Se la enseño, la hago imprimir, y pasado mañana, Madrid está inundado de ejemplares. Tengo aquí amigos poderosos, tiempo y dinero, y todo esto he de em-

plearlo en perseguir á usted de todas suertes y con el mayor encono, hasta que mi hermana deponga su enojo, se tranquilice y me contenga.

CLAVIJO.—Yo no hago esa declaración.

BEAUMARCHAIS.—Eso creo yo muy bien, porque quizá en su lugar de usted tampoco lo haría. Pero ahora viene lo demás. Si usted no escribe, desde este mismo momento me quedo á su lado, no le dejo, á todas partes le sigo hasta que, fastidiado de semejante compañía, trate usted de deshacerse de mí detrás del Buen Retiro. Si soy más feliz que usted, sin ver al embajador, ni haber hablado aquí con una sola persona, cojo en mis brazos á mi hermana moribunda, la subo á mi coche y me vuelvo con ella á Francia. Si el destino le favorece, yo habré cumplido como bueno, y usted se reirá á costa nuestra. Ahora, pida usted el desayuno. (Beaumarchais toca la campanilla. Un criado entra el chocolate. Beaumarchais toma una taza y va á pasearse á la galería contigua, mirando los cuadros.)

CLAVIJO.—¡Me ahogo!... ¡Me sofoco!... ¡Me han sorprendido!... ¡Me han envuelto como á un muchacho!... ¿Dónde estás, Clavijo? ¿Cómo vas á salir de esto? ¿Cómo puedes terminarlo? ¡Horrible situación, en la cual te han precipitado tu locura y tu deslealtad! (Coge un puñal que está sobre la mesa.) ¡Ah! ¡Concluyamos de una vez! (Lo deja.) No habría otro camino, otro medio que morir ó matar... ¡Abominable homicidio!... ¡Privar á la infeliz de su último consuelo, de su único apoyo... de su hermano!... ¡Ver á este hombre tan noble y tan valiente ensangrentado!... ¡Y cargar con la doble, insoportable maldición de una

familia destruída!... ¡Oh, no era esto lo que esperabas cuando aquella amable criatura te atraía con tanto encanto, en los primeros tiempos de nuestro conocimiento! ¡Y cuando la dejaste, no preveías las terribles consecuencias de tu acción vergonzosa!... ¡Cuánta felicidad no te esperaba en sus brazos, en la amistad de semejante hermano!... ¡María! ¡María! ¡Oh! ¡Si pudieses perdonarme! ¡Si yo me atreviese á llorar todo esto á tus pies!... ¿Y por qué no? ¡Mi corazón rebosa; mi alma se abre á la esperanza!... ¡Caballero!

BEAUMARCHAIS.—¿Qué decide usted?

CLAVIJO.—¡Óigame usted!... Mi conducta con su hermana no tiene disculpa. Perdíome mi vanidad: temí que al casarme con ella vendrían á tierra todos mis planes, mis perspectivas de celebridad en la vida. Si hubiese sabido que tenía tal hermano, no sería á mis ojos una extranjera insignificante; habría esperado de esta unión las ventajas más notorias. Usted me llena la más alta estimación por su persona, y al hacerme sentir tan vivamente mi sinrazón, me inspira el deseo, la fuerza de volver á arreglarlo todo. Me arrojo á sus pies. Ayúdeme usted. Ayúdeme, si es posible, á borrar mi culpa y poner fin á esta desdicha. ¡Devuélvame usted á su hermana, devuélvamela! ¡Qué feliz sería yo recibiendo de manos de usted mi esposa, y el perdón de todas mis faltas!

BEAUMARCHAIS.—Es demasiado tarde. Mi hermana no ama á usted ya, y yo le detesto. Escriba la declaración, es todo lo que exijo de usted, y deje de mi cuenta lo de la elección de venganza.

CLAVIJO.—Su obstinación de usted, ni es justa ni prudente. Concédole que no depende de mí volver á hacer buena una cosa llevada á tan malos términos. Dependerá del corazón de su excelente hermana, si pone de nuevo la vista en un miserable, que no merece ver la luz del día. Pero su deber de usted es hacer esta prueba y obrar en consecuencia, si es que el paso que da no ha de tomarse como irreflexivo ardor juvenil. Si María es inflexible... ¡oh, conozco su corazón, y á lo vivo me represento su bondad, su alma celestial! si es inflexible, entonces será tiempo.

BEAUMARCHAIS.—Insisto en la declaración.

CLAVIJO.—(Yendo hacia la mesa.) ¿Y si yo me atengo á la espada?

BEAUMARCHAIS.—Bien; perfectamente, caballero.

CLAVIJO (deteniéndolo).—Una palabra. Usted tiene de su parte la buena causa; déjeme á mí tener de la mía la prudencia. Reflexione lo que hace. En ambos casos, todos nos perdemos irremisiblemente. ¿No moriría yo de dolor y de angustia, si viese manchada mi espada con su sangre de usted y sobre todas sus desgracias le arrebatase á María su hermano? Pues en el caso contrario, el asesino de Clavijo jamás volvería á cruzar los Pirineos.

BEAUMARCHAIS.—¡La declaración, caballero, la declaración!

CLAVIJO.—Sea, pues; haré todo para convencer á usted del sentimiento de rectitud que su presencia me inspira. Escribiré la declaración, la escribiré dictada por usted. Solamente ha de prometerme no hacer uso de

ella, hasta que yo me halle en situación de convencer á Doña María del arrepentimiento de mi corazón, hasta que pueda hablar una palabra con su hermana mayor y ésta interceda por mí, bondadosa, cerca de mi amada.

BEAUMARCHAIS.—Me marchó á Aranjuez.

CLAVIJO.—Bueno; pero la declaración quedará en su cartera hasta la vuelta. Si no he obtenido mi perdón, entonces puede dar libre curso á su venganza. Esta proposición es justa, decente y razonable. Si usted no la acepta, jugaremos la cosa á vida ó á muerte, pero la víctima de su precipitación siempre será usted y sus pobres hermanas.

BEAUMARCHAIS.—¡Está bien que las compadezca quien tan desgraciadas las ha hecho!

CLAVIJO.—¿Acepta usted?

BEAUMARCHAIS.—Bueno; cedo. Pero, ni un momento más. Llego de Aranjuez, pregunto, escucho, y si no han perdonado á usted como espero, como deseo, en seguida me voy á la imprenta con la declaración.

CLAVIJO.—(Coge papel.) ¿Cómo quiere usted que sea?

BEAUMARCHAIS.—¡Caballero! en presencia de sus criados.

CLAVIJO.—¿A qué viene eso?

BEAUMARCHAIS.—Mándeles usted, únicamente, que estén en la galería contigua; no se ha de decir que le he forzado.

CLAVIJO.—¡Qué escrúpulos!

BEAUMARCHAIS.—Estoy en España y tengo que habérmelas con usted.

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIV.

CLAVIJO.—¡Sea! (Toca la campanilla y viene un criado).
Reuna usted á todo el servicio y venganse aquí á la galería.

(Vase el criado: los otros vienen y se quedan en la galería.)

CLAVIJO.—¿Me deja usted redactar á mí la declaración?

BEAUMARCHAIS.—No, señor: haga usted el favor de escribir lo que yo le diga. (Clavijo escribe.) «Yo, el que suscribe, José Clavijo, archivero del Rey...

CLAVIJO.—Del Rey...

BEAUMARCHAIS.—Reconozco que, después de ser recibido amistosamente en casa de Madama Guilbert...

CLAVIJO.—Guilbert...

BEAUMARCHAIS.—Y de haber engañado á la señorita de Beaumarchais, su hermana, con promesas de casamiento repetidas cien veces...» ¿Está?

CLAVIJO.—¡Caballero!

BEAUMARCHAIS.—¿Tiene usted alguna otra palabra que emplear?

CLAVIJO.—Pensaba...

BEAUMARCHAIS.—«Cien veces.» Lo que usted ha hecho, bien puede escribirlo... «La dejé, sin que ninguna falta ni debilidad por parte suya diesen pretexto ó disculpa á este perjurio.»

CLAVIJO.—¡Ahora!

BEAUMARCHAIS.—«Al contrario; la conducta de esta señorita ha sido siempre pura, intachable y digna de todo respeto.»

CLAVIJO.—De todo respeto.

BEAUMARCHAIS.—Reconozco que, con mi conducta,

con la ligereza de mis palabras, con la interpretación que se les daba, he rebajado públicamente, á esta virtuosa señorita; por lo cual le suplico me conceda su perdón, aunque por mi parte, no me conceptúo digno de recibirlo. (Clavijo se detiene.) ¡Escriba usted, escriba usted! «De lo cual doy testimonio libremente, de mi propia voluntad, sin ser forzado, con la promesa particular que, si esta satisfacción no fuese suficiente para la ofendida, estoy dispuesto á darla de cualquiera otra manera que se me exija.—Madrid...»

CLAVIJO.—(Se levanta, hace seña á los criados para que se marchen, y le alarga el papel.) Trato con un hombre ofendido, pero con un hombre de honor. Usted cumplirá su palabra y aplazará su venganza. Sólo por esta consideración y con esta esperanza, he puesto delante de mí ese papel afrentoso; sin esto, nada me hubiera obligado á hacerlo. Pero, antes de osar presentarme á María, he decidido dar á alguien la comisión de tomar por mí la palabra, de hablar por mí... y ese alguien es usted.

BEAUMARCHAIS.—No se imagine semejante cosa.

CLAVIJO.—Al menos, dígame el amargo y sincero arrepentimiento que en mí ha visto. Es todo, todo lo que le pido. No podría elegir intercesor más poderoso; además, usted le debe un relato fiel. ¡Cuéntele cómo me ha encontrado!

BEAUMARCHAIS.—Bueno; eso puedo y quiero hacerlo. Y ahora, ¡adiós!

CLAVIJO.—¡Páselo usted bien! (Quiere cogerle la mano; Beaumarchais la retira.)

CAPILLA
BIBLIOTECA UNIV.

CLAVIJO (solo).—¡Cambiar así, por modo tan inesperado, de un estado á otro! ¡Se atolondra uno, sueña! ¡Yo no hubiera debido escribir esa declaración! ¡Esto fué tan rápido y tan inesperado como el rayo!

CARLOS entra.

CARLOS.—¿Qué visita has tenido? Toda la casa está en conmoción. ¿Qué hay?

CLAVIJO.—El hermano de María.

CARLOS.—¡Me lo suponía! Ese perro criado viejo que estuvo en otro tiempo en casa de Guilbert, y á quien suelo hacer charlar, sabe desde ayer que le esperan, y hasta este momento no pudo encontrarme. ¿Ha estado aquí?

CLAVIJO.—¡Es un excelente muchacho!

CARLOS.—Pronto nos desharemos de él; ya he preparado el camino. ¿Qué pide, desafío? ¿Reparación de honor? ¿Estaba muy caliente el mozo?

CLAVIJO.—Pidióme una declaración, en la que conste que su hermana no me ha dado motivo alguno para dejarla.

CARLOS.—¿Y se la has escrito?

CLAVIJO.—Me ha parecido lo mejor.

CARLOS.—¡Bien, muy bien! ¿No pedía más que eso?

CLAVIJO.—Quería un duelo ó la declaración.

CARLOS.—Lo último fué mejor. ¿Quién había de exponer su vida con ese trastuelo romántico? ¿Y exigió el papel con arrebató?

CLAVIJO.—Me lo dictó él, y tuve que hacer venir á mis criados á la galería.

CARLOS.—¡Entiendo! ¡Ah, ya te tengo, mocito! Esto le ha perdido. Llámame estúpido, si dentro de dos días no tengo al muchacho preso y no lo mando á las Indias en el primer transporte.

CLAVIJO.—No, Carlos; la cosa es muy distinta de lo que piensas.

CARLOS.—¿Cómo?

CLAVIJO.—Espero, por su mediación y por mis esfuerzos vehementes, alcanzar el perdón de la pobre María.

CARLOS.—¡Clavijo!

CLAVIJO.—Espero borrar todo lo pasado, arreglar de nuevo lo deshecho, y de este modo, á mis ojos y á los del mundo, volver á ser hombre honrado.

CARLOS.—¡Demonio! ¿Te has vuelto niño? ¡Siempre se ha de rastrear en ti, al sabio! ¡Dejarte embobar así! ¿No ves que esto es simplemente un plan burdo, arreglado para hacerte caer en la red?

CLAVIJO.—No, Carlos; él no quiere el casamiento; todos están en contra, y ella no quiere oír hablar de mí.

CARLOS.—¡Es el colmo! No, mi buen amigo, no me lo tomes á mal; pero, así es como he visto yo en las comedias embaucar á los jóvenes lugareños...

CLAVIJO.—Me ofendes. Haz el favor de reservar tu ingenio para el día de mi boda. Estoy decidido á casarme con María, de mi propia voluntad y por interno impulso. Toda mi esperanza, toda mi dicha se cifra en alcan-

CAPILLA

zar su perdón. Y después, ¡adiós, orgullo! En mi amada está, como en otro tiempo, el cielo. Toda la fama que alcance, las grandezas á que me eleve, me llenarán con goce doble, pues las comparte conmigo la mujer que duplica mi valer. ¡Adiós! Tengo que marcharme; necesito, por lo menos, hablar con los Guilbert.

CARLOS.—Aguarda siquiera hasta después de comer.

CLAVIJO.—Ni un momento. (Vase.)

CARLOS.—(Lo ve marchar, y queda un momento silencioso.)
¡Uno que vuelve á hacer la gran tontería! (Vase.)

ACTO TERCERO

Casa de Guilbert.

SOFÍA. GUILBERT. MARÍA. BEAUMARCHAIS.

MARIA.—¿Le has visto? Estoy toda temblando ¿Le has visto? Yo, sólo de oír que venía, hube de perder el sentido, ¡y tú le has visto! No; yo no... yo le... no; yo no puedo volverle á ver jamás.

SOFÍA.—Cuando entró, no supe lo que me pasaba; porque... ¡ay! ¿Acaso no le quería también con el cariño más completo, más puro y más fraternal? ¿No me martirizó, no me puso enferma su alejamiento? ¡Y verle ahora volver arrepentido á mis pies! Hermana; no sé qué hay en su mirada, en el sonido de su voz, que hechiza.

MARIA.—¡Nunca, nunca; jamás!

SOFÍA.—Es el mismo de antes, bueno, dulce, sensible; el mismo vehemente, apasionado. Siempre codicioso de cariño, mortificado y congojoso cuando no se le muestra inclinación. ¡Igual! ¡Igual! ¡Y de ti habla, María, como en aquellos venturosos días de fogosidad apasionada! Diríase que tu ángel protector fué quien ocasionó este intervalo de infidelidad y alejamiento, para interrumpir la uniformidad y languidez de tan largas relaciones, y darles nuevo sentimiento de viveza.